

**José Luis Lanuza**

△ ▽

△ ▽

△ ▽

△ ▽

## **Cide Hamete Benengeli**

¿Parecerá exageración si decimos que el narrador de las aventuras de don Quijote, antes de dar con Cide Hamete, anda como perdido e inseguro de su relato? Su prosa se llena de frases dubitativas: «*quiere decir* que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia entre los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se da a entender que se llamaba Quijana»; «y fue *a lo que se cree*, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo estuvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo»... (Cap. I); «y puesto el pensamiento (*a lo que pareció*) en su señora»... (III); y le dijo: Señor Quijada (*que así se debía de llamar*)... (V). Cuando el famoso escrutinio «*se cree* que fueron al fuego... La Carolea y León de España... que sin duda debían estar»... (VII).

-236-

Aun el hilo de la narración se le enmaraña y Cervantes no sabe por dónde ha de continuar. Carece de un orden cronológico: «*Autores hay que dicen* que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, *otros dicen* que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso y lo que he hallado escrito en los Anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre...»(II).

Tan dudosos y fragmentarios se muestran los textos que sigue Cervantes -él se llama a sí mismo el segundo autor (VIII)- que de pronto deja suspendida la batalla entre don Quijote y el vizcaíno «disculpándose que no halló más escrito».

Algo semejante le había sucedido con la *Historia de Belianís de Grecia* a Jerónimo Fernández por culpa del sabio Fristón, presunto historiador: «más el sabio Fristón pasando de Grecia en Nubia, juró había perdido la historia, y así, la tornó a buscar. Yo -dice Fernández- le he esperado, y no viene; y suplir yo con fingimientos a historia tan estimada sería agravio; y así, la dejaré en esta parte, dando licencia a cualquiera a cuyo poder viniere la otra parte la ponga junto con esta, porque yo quedo con -237- harta pena y deseo de verla». (V. Nota de Clemencín, reproducida por Francisco Rodríguez Marín en su edición anotada del *Quijote*).

A don Quijote le encantaba ese misterio de la aventura de Belianís tan repentinamente interrumpida, «y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pié de la letra como allí se promete»...

A Cervantes -recuerdo de Belianís- también se le interrumpen las hazañas del hidalgo. Pero, más feliz que Jerónimo Fernández, puede retomar el extraviado hilo de la historia. Él no había desesperado de encontrar la continuación de las aventuras de su caballero. «No podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada»... Además, sospechaba que, ya que entre los libros del manchego se citaban algunos de reciente aparición, «su historia debía de ser moderna» y aun la recordarían los vecinos de su aldea... En medio de tales deducciones la fortuna lo favoreció. Ya se sabe: estaba don Miguel en el Alcaná de Toledo y «llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero»; curioseó Cervantes la escritura, que estaba en caracteres arábigos; y como pasara un morisco aljamiado -238- le pidió que los descifrara. A los pocos renglones de lectura el morisco estalló en carcajadas.

-¿De qué se ríe?

-De una anotación puesta en el margen.

-¿Qué dice?

Y el otro, sin dejar de reírse, descifró:

-«Esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».

Ahí supo Cervantes de qué trataban los papeles. Su título, trasladado, decía: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Los compró por medio real, aunque con tal alegría que hubiera pagado hasta seis, y le pidió al morisco que los tradujera, a cualquier precio. Se conformó el hombre con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

-«Yo -dice Cervantes-, por facilitar más el negocio y por no dejar de mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa donde en poco más de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere».

Desde este providencial encuentro con Cide Hamete ya parece más seguro don Miguel. Ha creado -239- al autor de su obra. Ahora la narración se puede apoyar a cada rato -y sobre todo en los principios de capítulo- en una autoridad. «Cuenta Cide Hamete Benengeli»... «Dice la historia»...

La necesidad de ajustarse a lo verdadero, típica del espíritu y la literatura española, queda en apariencia satisfecha. De la misma manera Gonzalo de Berceo justifica sus relatos piadosos con la repetida mención de sus fuentes: «Como diz la lección»... «Dizlo la escriptura»... «Diz el cartelario»... Berceo se excusa de no escribir el nombre de la madre de Santo Domingo de Silos con la deficiencia del texto que traduce: «Como non fué escripto non lo devinaría»... Si no sabe en qué monasterio vivía el monje del «Milagro II», explica: «El logar non lo leo, decir no lo sabría»... O al hablar del ladrón devoto del «Milagro IV»: «Si facía otros males, esto non lo leemos - sería mal condempnarlo por lo que non sabemos».

Con una buena historia en que apoyarse, no queda nada librado a la peligrosa imaginación. Don Quijote tiene en Cide Hamete su fiel -o infiel y mahomético-historiador. Un morisco aljamiado ha puesto sus papeles en castellano en casa de Cervantes. ¿Pero entonces -acaba uno por preguntarse- -240- quién diablo es este Cervantes que se mete en la obra hablando en primera persona y que no es autor, ni traductor, ni nada?

Supongamos, para no expulsarlo del libro, que el tal Cervantes ha retocado la mala prosa del morisco, a quien por un poco de trigo y unas pasas no era justo pedirle excelencias de estilo.

Pero Cervantes se permite además asumir un tono crítico ante el texto de Cide Hamete. Si su autor es arábigo -dice- es muy posible que sea mentiroso y que por simple odio a los cristianos haya tratado mal a su héroe: «Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio».

No hay duda de que si Cide Hamete no mira con simpatía a don Quijote, tampoco Cervantes mira con buenos ojos a Cide Hamete. Desde el primer encuentro lo insulta. Después de teorizar sobre cómo deben escribirse las historias (IX), asegura Cervantes que si en ésta de don Quijote faltara algo bueno «fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto».

La historia de don Quijote nos llega a través de varios planos de la realidad. Tiene un traductor barato, -241- un autor que malquiere a su personaje y un supervisor que desconfía del autor y lo maltrata.

Cervantes se divierte con estas tramoyas por entre las cuales puede aparecer y desaparecer a su antojo. Escribe el libro y esconde la mano y toda la persona. En *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* insiste en la misma treta. Supone un autor de la obra y él se finge traductor. «Parece que el autor desta historia -dice en el *Persiles*- sabía más de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una definición de celos, ocasionados en los que demostró tener Auristela...; pero en esta traducción, que lo es, se quita por prolija, y por cosa en muchas partes referida y ventilada, se viene a la verdad del caso»... Y en el capítulo

siguiente nos coloca en la intimidad del autor, en el laboratorio de sus escritos, poniéndonos casi bajo los ojos sus manuscritos llenos de enmiendas y de tachaduras: «Parece que el volcar de la nave volcó, o por mejor decir, turbó el juicio del autor desta historia, porque a este segundo capítulo le dió cuatro o cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomaría».

Cide Hamete, el del *Quijote*, no padece tales -242- titubeos. Ni lo aquejan ribetes de enamorado (a lo que sabemos) ni se le turba el juicio. Cervantes, a pesar de los recelos del primer momento, tiene fe en su sabiduría. «Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli»... dice ya al comienzo del capítulo XV. En el XVI, a propósito del arriero que esperaba a Maritornes en la venta, conocemos más pormenores del sabio historiador: el arriero «era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo». Cervantes agradece a Cide Hamete la abundancia de pequeñas noticias. Eso es lo que lo coloca por encima de los otros historiadores. «Fuera de que Cide Hamete fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échese bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y rateras no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y suscintamente que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia lo más sustancial de la obra».

Bien sabe Cervantes que las historias suelen ser -243- mentirosas, más que por lo que falsean abiertamente, por lo que se dejan en el tintero. Don Quijote ha podido creer que sus héroes pasaban la vida ayunando, porque en las historias que ha leído «aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se lo pasaban en flores» (X).

Esto, dicho con excepción de la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, traducida del *Tirant lo Blanch* catalán, de la cual dijo el cura «que por su estilo, este es el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen» (VI).

Pero ¿cómo discernir entre lo que merece y lo que no merece referirse?

Don Quijote opina que la aventura de los batanes «no es digna de contarse» (XX). Elogia a Homero y a Virgilio porque mostraron a sus héroes «no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes» (XXV).

-244-

«Oh diosa, hija de Zeus -ruega el poeta en el primer canto de la *Odisea*-, cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas!» Pero Cide Hamete no quiere contar una parte, sino todo. Cuando don Quijote se entera de que anda escrita una historia suya, no se alegra de la puntualidad del historiador.

-Dicen algunos que han leído la historia -comentó el bachiller Sansón Carrasco-, que se holgaran se les hubieran olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

-Ahí entra la verdad de la historia -dijo Sancho.

-También pudieron callarlos por equidad -dijo don Quijote-, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia (II:II).

Insistió el hidalgo en los ejemplos de Homero y Virgilio. Y el bachiller comentó:

«Uno es escribir como poeta y otro como historiador».

Tal es el mérito del sabio Cide Hamete, historiador puntual. No escribió como poeta y nos dejó la -245- historia más llena de verdad y de vida que se haya escrito. Su realidad era tan evidente que ni el mismo Cervantes pudo negarla. Desde el fondo de su cambiante juego de tramoyas, detrás de sus biombos de titiritero, Cervantes intentó alguna vez asomar la cabeza y decirnos que la historia de Cide Hamete era fingida: «Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia»... (XXII).

¿Imaginada historia? Nadie le creyó. Cervantes mismo quiso dejar de lado la figura del arábigo historiador. Fue inútil. Quiso olvidarse de él al finalizar la primera parte de su libro. ¿Para qué? A medida que pasaban los años la presencia del puntual historiador se volvía más imborrable. Era él, con sus pormenores tan mínimos y rateros, con su no escribir como poeta, el que daba sabor a la historia. Cervantes planeaba la segunda parte de las andanzas de su héroe y Cide Hamete se le aparecía con más autoridad que nunca. Comenzó a escribir:

«Cuenta Cide Hamete Benengeli»...

Y toda la segunda parte se apoya en el testimonio del puntual historiador.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**